

aquellos hombres prodigiosos, cuya fama había circulado por toda la isla, como si fuesen bajados del cielo. Venían nadando ó en sus canoas á ofrecer los frutos ó producciones de la tierra, y miraban á los blancos casi con adoración. Después de la lluvia de la tarde, al levantarse la brisa de tierra cargada de fragancia, traía también hasta los bajeles los distantes cantares de los indios y el son de su ruda música, mientras celebraban con himnos y bailes nacionales la llegada de los blancos. Tan deliciosos le eran aquellos sonidos y olores á Colon, dispuesto, como lo estaba entonces á todas las influencias agradables, que dice, que se le pasó la noche como una hora.

Es imposible prescindir de los extraños contrastes que se presentan á veces á la consideración humana. La costa aquí descrita tan poblada y contenta, regocijándose por la visita de los descubridores, es la que se estiende al Occidente de la Trinidad por el golfo de Jagua. Toda está ahora silenciosa y desierta la civilización que ha cubierto algunos sitios de Cuba de brillantes ciudades, la ha reducido á la más triste soledad. La raza toda de los indios hace ya mucho que pereció bajo el dominio de los extranjeros que tan gozosos recibió en sus playas. Tengo delante la narración de una noche recientemente pasada en aquella misma costa por un célebre viajero; pero, ¿con cuán diversos sentimientos de los de Colon! «Pasé, dice, gran parte de la noche sobre cubierta. ¡Qué costas tan solitarias! ¡Ni una luz que anunciase la choza de un pescador! De Bartabano á la Trinidad, en cincuenta leguas de distancia, no existe siquiera ni una sola población. En los tiempos de Colon estaba habitada esta tierra hasta las mismas orillas del mar. Cuando se hacen escavaciones, ó abren los torrentes la superficie de la tierra, se encuentran con frecuencia hachas de piedra y vasos de cobre, reliquias de los antiguos isleños.»

Casi dos días enteros siguieron los buques aquella costa atravesando el ancho golfo de Jagua. Al fin llegaron donde súbitamente se emblanquece la mar como la leche, enturbiándose al mismo tiempo, cual si se hubiese mezclado harina con el agua. Son causa de este fenómeno las arenas finas ó partículas calizas que levantan del fondo á ciertas distancias las hondas y las corrientes. Se alarmaron mucho los marineros, y más aun al verse rodeados de bancos y cayos y con muy poca agua. Mientras más lejos iban, más peligrosa se hacía su situación. Se hallaban en un canal tan estrecho que apenas les permitía virar, sin agarradero para las anclas, combatidos violentamente por los vientos y en peligro inminente de encallar. Al fin llegaron á una pequeña isla, donde había un mediano surgidero. Allí pasaron la noche en muy grande angustia, muchos opinaban que se abandonase la empresa pensando que podían creerse afortunados si conseguían volver al punto de donde salieron. Colon, empero, no quiso retroceder creyéndose próximo á hacer un brillante descubrimiento. A la mañana siguiente mandó á la carabela más pequeña, que explorase aquel nuevo laberinto de islas, penetrando hasta tierra firme en busca de agua, de que tanto carecían los buques. La carabela volvió con el informe de que los canales y cayos de aquel grupo eran tan numerosos é intrincados como los de los Jardines de la Reina, que la tierra firme estaba circundada de profundas lagunas y cenagosas costas, en que crecían los árboles dentro del agua, en tal abundancia que formaban una impenetrable barrera; que por dentro parecía la tierra fértil y montañosa; y las columnas de humo que se levantaban por varias partes, daban señales de numerosa población. Se aventuró Colon entonces á penetrar en aquel pequeño archipiélago guiado por la carabela; abriéndose camino con mucha precaución, trabajo y peligro, entre los angostos canales que separaban las islas, bancos y barras en que varó repetidas veces. Al

fin llegó á una punta baja de Cuba, á la que llamó la punta del Serafín, dentro de la cual giraba la costa tanto al Oriente y formaba una bahía tan vasta que no se distinguía su fondo. Hacia el Norte se veían lejanas montañas, y al Sur y Occidente algunas islas, estando claro y abierto todo el espacio intermedio; descripción que se asemeja á la de la grande bahía de Bartabano. Colon puso la proa hacia las montañas con buen viento y tres brazas de agua, y al otro día ancló en la costa cerca de un bosque de palmas.

Salieron algunos hombres á tierra por leña y agua, y hallaron un rico manantial entre las palmas. Mientras se empleaban en cortar leña y llenar sus toneles, entró un balletero con sus armas en la floresta en busca de caza; pero pronto retrocedió con terror pidiendo ayuda á sus compañeros. Les dijo que apenas se había separado de ellos algunos pasos, cuando divisó repentinamente por en medio de la abertura del bosque un hombre vestido de largas y blancas ropas tálares, tan parecido á un fraile mercenario, que á primera vista creyó que fuese el capellán del Almirante. Le seguían otros dos con túnicas blancas que les llegaban á la rodilla; y todos tres eran blancos como los europeos. Detrás de estos venían hasta treinta ó más, armados de clavos y lanzas. No manifestaron hostilidad aunque se detuvieron, y el hombre del largo vestido blanco se adelantó solo para hablarle; pero á él le espantó tanto el número de los aparecidos, que huyó como queda dicho. Toda la partida se apresuró á volver á los buques. Cuando oyó Colon este suceso, recibió grandísimo gozo, creyendo que serían aquellos los vestidos habitantes de Mangon, de quien recientemente le habían hablado, y que al fin se iba ya aproximando á los confines de los países civilizados, si acaso no estaba ya en los mismos lindes de la rica provincia de Mangui. Al otro día mandó una partida bien armada á tierra, para que buscase aquella gente vestida de blanco, penetrando por ello si preciso fuese hasta cuarenta leguas al interior, ó hasta hallar algunos de los habitantes; porque creía que las regiones más pobladas y cultas podrían hallarse lejos de la mar, y existir las mejores ciudades más allá de las montañas y bosques de la costa. Penetró la partida por los bosques de espesas florestas que guarnecían las playas, y entró en una verde llanura, cubierta de yerba tan alta como el trigo, y sin vereda ni camino alguno. Allí se encontraron tan fatigados en su marcha por las yerbas y zarzas que se la obstruían, que tuvieron que abandonar su intento antes de penetrar á una milla de distancia, volviendo á bordo cansados y sin fruto. Llamañana próxima salió otra partida por camino diverso. No habían ido muy lejos, cuando descubrieron las huellas de algún grande animal con garras, que unos suponían de león, y otros de grifo, pero que serían probablemente de los caimanes de que abundan aquellas cercanías. Desanimados á la vista de estas señales, se apresuraron á volver á la orilla del mar. En su camino pasaron por un valle en que había grandes bandadas de cigüeñas de doble volumen que las de Europa. Muchos árboles y arbustos despedían aquellos olores aromáticos que engañaban de continuo á los europeos con la esperanza de encontrar especias orientales. También había parras que trepaban á las cimas de los árboles más altos, ocultándolos con su follaje, y enredándose de ramo en ramo con poderosos racimos de jugosas uvas. Volvió esta partida á los buques con tan mal éxito como la otra, diciendo que era el país salvaje é impenetrable, aunque estremadamente fértil. Como prueba de su abundancia trajeron algunos racimos de uvas silvestres, que Colon envió después á los soberanos con muestra del agua del mar blanco por donde había pasado.

Como jamás se llegaron á descubrir en Cuba tribu ninguna que llevasen vestidos, es probable que el cuento de los hombres blancos tuvo su origen en al-

gun error del balletero, que penetrado de la idea de los misteriosos habitantes de Mangon podía haberse sobresaltado en su solitario paseo por las florestas, á vista de una de las manadas de cigüeñas que abundaban en ella. Estas aves, como los flamencos, comen juntas, colocándose una de ellas de centinela á cierta distancia. Cuando se ven por las aberturas de los bosques, formadas en línea en un prado, parecen á primera vista figuras humanas. Ello es que el dicho del balletero hizo una profunda impresión en el ánimo de Colon, que estaba predispuesto á creer todo lo que favorecía la idea de hallarse cerca de países civilizados. Después de explorar la bahía hacia el Oriente, y de cerciorarse de que no era un brazo de mar, continuó al Occidente, y á las nueve leguas de navegación llegó á una costa habitada, donde habló con muchos de los naturales, estaban en cueros como de ordinario, lo que atribuyó Colon á la casualidad de ser meros pescadores, habitantes de una costa salvaje; pues presumía que las regiones civilizadas estuviesen hacia el interior. Como su intérprete lucayo no entendía el idioma, ó más bien el dialecto de aquella parte de Cuba, todos los informes que pudo obtener de los naturales eran necesariamente erróneos, como comunicados por signos y gesticulaciones inexactas. Deslumbrado con sus hipótesis favoritas, creyó oírles decir que en las montañas que se veían lejos al occidente, había un rey poderoso que mandaba muchas y muy pobladas provincias; que llevaba hábitos blancos tan largos que le arrastraban por el suelo; que le llamaban santo; que jamás hablaba, comunicando las órdenes por signos que eran obedecidos implícitamente por sus súbditos. En todo esto vemos la obcecada imaginación del Almirante interpretando las cosas según sus ideas de antemano concebidas. Las Casas asegura que jamás hubo cacique alguno vestido en la isla. Quizá este rey de santo título no era más que el reflejo de una imagen viva en el ánimo de Colon, representativa del misterioso potentado conocido por el Preste Juan, personaje fantástico de las narraciones de los viajeros orientales que nos le presentan ya como soberano, ya como sacerdote; siendo su imperio y corte objeto constante de dudas y contradicciones, y en los últimos tiempos de curiosa investigación.

Las noticias tomadas de aquella gente respecto á la costa occidental fueron del todo vagas. Decían que eran por lo menos necesarios veinte días para cruzarla, ignorando si tenía fin. Parecían poco instruidos de cuanto no estaba cerca de ellos. Tomando consigo, en calidad de guía, á un indio de este lugar, salió Colon para las distantes montañas indicadas, esperando que serían los confines de tierras más cultas. No hubo navegado mucho cuando se vió otra vez envuelto en los ordinarios peligros de cayos, canales y bancos. Los buques removían frecuentemente la arena y cal del fondo; otras veces se veían encajonados en estrechos canales, de donde tenían que sacarlos tirando de ellos con los cabestantes. En una ocasión llegaron donde el mar estaba cubierto de tortugas; en otra oscurecieron el sol inmensas bandadas de corbejones y palomas silvestres, y otro día se llenó el aire de nubes de lucientes mariposas, que disipó luego la lluvia de la tarde.

Cuando se acercaron á las regiones montañosas, vieron que estaban rodeadas de pantanos y terrenos anegados, y amuralladas por tan espesos bosques, que era imposible penetrar en su interior. Buscaron por muchos días agua dulce, de que carecían, y la descubrieron al fin en el centro de un palmar. Había cerca de ella conchas de nácar ó madreperla, de donde infirió Colon que podrían pescarse allí perlas con abundancia. Aunque separados de la comunicación de las regiones interiores por las selvas y pantanos que las circunvalaban, observaron que estaba el país bas-

tante poblado. Ascendían columnas de humo de varias partes, aumentándose tanto su número á medida que los buques se aproximaban, que al fin salían ya de todas las rocas y bosques altos. No podían los españoles determinar si era aquel humo procedente de villas y ciudades, ó bien señales para alarmar á las gentes de las cercanías, como se acostumbraba hacer en las costas de Europa al descubrirse fuerzas enemigas.

Por muchos días estuvo Colon explorando aquella desierta y difícil costa, cuyos intrincados canales rara vez reciben hoy otras visitas que las de la solitaria barca del contrabandista. Continuando su navegación vió que la costa se volvía hacia el Sud-Oeste, del mismo modo que describe Marco Polo las costas remotas del Asia. Entonces se convenció del todo de que estaba en aquella parte del continente asiático; más allá de los límites del antiguo mundo, según le describe Ptolomeo. Pensaba que continuando su rumbo llegaría seguramente al punto en que terminan aquellas costas con el Aureo Quersoneso de los antiguos.

La ardiente fantasía de Colon iba siempre descubierta, sugiriéndole espléndidas empresas. Combinando aquellas conjeturas con la escasa y vacilante luz de la geografía de entonces, concibió volver á España triunfante por un nuevo camino. Doblado el Aureo Quersoneso, entraría en los mares que los antiguos frecuentaban, y á que servían de límites las naciones orientales. Extendiéndose por en medio del Ganjes, podía pasar por Trapobana, continuar por el estrecho de Babelmandel, y llegar á las playas del mar Rojo. De allí iría por tierra á Jerusalem, se embarcaría en Jope, y atravesaría el Mediterráneo para volver á España. O si hiciesen las tribus salvajes demasiado peligroso el camino de Etiopía á Jerusalem, ó no quisiese desamparar sus buques, podía navegar alrededor de todo el continente africano, pasar en triunfo por junto á los portugueses, que encontraría á mitad de su lento camino por las playas de Guinea, y habiendo así circunnavegado el globo, recoger sus audaces velas en las columnas de Hércules, *ne plus ultra* del Antiguo-Mundo. Tales eran los sueños de oro de Colon, según los recuerda uno de sus íntimos asociados; ni debe extrañarse su ignorancia de la verdadera magnitud del globo. La medida mecánica de un arco nos ha hecho familiar su circunferencia; pero en su tiempo era todavía un problema no resuelto para los más profundos filósofos.

CAPITULO V.

VUELTA DE COLON POR LA COSTA DEL SUR DE CUBA.

(1494.)

La opinión de Colon de que iba costeando el continente del Asia y acercándose á los confines de la civilización oriental, era también la de todos sus compañeros de viaje, entre quienes había muchos navegantes de habilidad y experiencia quienes sin embargo estaban muy lejos de participar de su entusiasmo. No esperaban reportar gloria del buen éxito de la empresa y temblaban al contemplar sus peligros y dificultades cada vez mayores. Los buques estaban averiados por la dura navegación que habían hecho, y tenían muy menoscabados los cables y toda la jarcia; iban escaseando los víveres, y el agua del mar había destruido también gran parte de la galleta. Las tripulaciones estaban rendidas del incesante trabajo, y desanimadas al ver que la mar que tenían delante continuaba manifestando un mero desierto de islas. Así pidieron que no se continuase el viaje. Ya habían seguido la costa lo bastante para cerciorarse de que era de un continente; y aunque no dudaban que hubiese regiones civilizadas por el camino que seguían, podrían acabarse las provisiones, y perecer los bajeles antes que llegasen á ellas.

Colon conoció tambien, algo curado de sus ilusiones, cuán poco adecuados eran sus buques para el propuesto viaje; pero creyó importante para su fama y para la popularidad de sus empresas dar pruebas satisfactorias de que era un continente la tierra que habia descubierto. Persistió, por lo tanto, cuatro días mas en la exploracion de la costa, segun se doblaba hacia el Sud-Este, hasta que todos declararon que ya aquella cuestion no admitia duda, porque era imposible que tan vasta continuacion de tierra perteneciese á una simple isla. El Almirante determinó, no obstante, que no descansase este hecho solo en su autoridad, teniendo recientes pruebas de la tendencia que habia á contradecir sus opiniones y á menospreciar sus descubrimientos. Envió, pues, á Fernan Perez de Luna, escribano público, á todos los buques, acompañado de cuatro testigos, que preguntaron oficialmente á cuantas personas habia en ellos, desde los capitanes hasta los grumetes, si tenian alguna duda de que aquel país era en efecto un continente, principio y fin de las Indias, por el cual se podia volver por tierra á España, ó llegar pronto siguiendo sus costas entre gentes civilizadas. Si sobre el particular dudaba alguno, debía expresarlo sin reparo. Habia á bordo de los buques navegantes de mucha experiencia, y hombres muy versados en la geografia de aquellos tiempos. Examinaron los mapas y cartas y los cálculos de los diarios del viaje, y despues de una madura deliberacion y exámen declararon bajo juramento, que no les quedaba la menor duda de que aquel fuese un continente. Fundaban esta creencia en haber costeadado trescientas treinta y cinco leguas, inaudita longitud para una isla, mientras seguia la tierra dilatándose sin fin, é inclinándose hacia el Sur, segun las descripciones de las costas remotas de las Indias.

Para que por malicia ó por capricho no se contradijese en adelante una opinion tan solemnemente manifestada, se proclamó por el escribano que quien cometiese tal ofensa, si era oficial, pagaria una multa de diez mil maravedises; si grumete, ó persona de condicion análoga, recibiria cien azotes, y se le cortaria la lengua. Despues se formó un expediente por el escribano, incluyendo las declaraciones y nombre de cada individuo. Este documento existe todavia. Se ejecutó tan singular proceso cerca de la bahia llamada por unos Filipina y por otros de Cortés. Se ha observado que al momento mismo hubiera podido un muchacho ver desde las góvias el grupo de islas del Sur, y mas allá la alta mar. Dos ó tres días de navegacion habrian llevado á Colon alrededor de los extremos de Cuba, desvaneciéndose sus ilusiones y dando diferente giro á sus descubrimientos posteriores. Vivió, sin embargo, y murió en la conviccion formada entonces, creyendo hasta la última hora que Cuba era el principio y el fin del continente asiático.

Así abandonó el reconocimiento de la costa, y viró al Sud-Este el 13 de junio, llegando poco despues á vista de una grande isla con encumbradas montañas, que se elevaban magestuosamente en medio de aquellos laberintos de bancos y cayos. A esta isla le dió el nombre de la isla Evangelista, ahora llamada la de los Pinos, célebre por su excelente caoba.

Ancló en ella para proveerse de leña y agua. Luego viró al Sur, á lo largo de las costas de la misma isla esperando al doblar su extremo, encontrar al Oriente camino abierto para Española, y meditando explorar á la vuelta la costa del Sur de Jamaica. Al empezar su navegacion arribó á una especie de canal que se abria al Sud-Este, entre la Evangelista y alguna isla opuesta. Pero, despues de penetrar á cierta distancia, se vió encerrado en la profunda bahía ó seno de Siguanca que penetra muy al interior de la isla.

Observando la zozobra pintada en el semblante de su gente, rodeada de tierra y casi sin provisiones, la animaba Colon con lisonjeras esperanzas, y determi-

nó salir de aquellas confusas mares, siguiendo la misma derrota con que habia entrado en ellas. Dejó pues las aguas de Siguanca y volvió á su último surgidero; y dándose á la vela el 25 de junio, atravesó los grupos de islas entre la Evangelista y Cuba, y aquel trecho de mar blanca, que tanto habia acobardado á su gente. Allí sufrió una repeticion de las zozobras, peligros y trabajos que le rodearon en su navegacion anterior por las costas. Se alarmaba la tripulacion al ver los diferentes colores del agua, á veces verde; otras casi negra, y á menudo tan blanca como la leche; ya se creia rodeada de rocas, ya le parecia la mar un vasto banco de arena. El 30 de junio encalló el buque del Almirante con mucha violencia: todos los esfuerzos fueron inútiles para sacarle con anclas por la popa, y fue preciso arrastrarlo por la proa sobre la arena. Por fin se desenredaron de los racimos de isletas llamados los jardines y los jardinillos, y llegaron á la parte abierta de la isla de Cuba. Otra vez circuyeron entonces las costas de la bella y fértil provincia de Ornofay, y gozaron de nuevo la delicia de los fragantes y suaves aires de tierra. Entre aquellos deliciosos olores creyó Colon percibir el del estorague, precedente de los fuegos que ardan en la costa.

En ella buscó Colon un puerto conveniente para hacerse con leña y agua, y permitir á las tripulaciones descansar y recrearse con la vista de tierra. Se hallaban muy debilitados todos con las fatigas y padecimientos del viaje. Casi dos meses habian estado luchando con perpétuos peligros y dificultades, y sufriendo escasez de provisiones. Por entre los desiertos cayos é inundadas playas que acababan de visitar, no habian recibido de los indios comestibles, sino precariamente y á distantes intervalos, ni estas provisiones podian conservarse mas de un día á causa del calor y humedad del clima. Lo mismo sucedia con el pescado que accidentalmente se procuraban; y así dependian casi del todo de la racion diaria del buque reducida á una libra de pan mohoso, y á una corta cantidad de vino. Con grande alegría anclaron pues el 7 de julio en la entrada de un rio de aquella abundante y voluptuosa region. El cacique de las cercanías, gefe de dilatados territorios, recibió al Almirante con demostraciones de alegría y reverencia á la vez, y sus súbditos vinieron con cuanto el país daba, útiás, pájaros de varias especies, pan de cava, y frutas de esquisito y aromático gusto.

Acostumbraba Colon erigir una cruz en cada sitio notable que visitaba, para denotar el descubrimiento del país, y su sumision á la verdadera fé. Mandó por lo tanto que se elevase una grande cruz de madera á la orilla de este rio. Se ejecutó la órden un domingo por la mañana, con mucha ceremonia y con una solemne misa. Cuando desembarcó Colon con este objeto, encontró en la playa al cacique y á su principal favorito, que era un anciano octogenario de grave y elevado continente. Este venerable indio traia una sarta de cuentas, á que daban sus paisanos cierto valor místico, y una calabaza de delicados frutos, que presentó en señal de amistad al Almirante; despues le asió una mano, y el cacique la otra, y así fueron á la arboleda, donde se habia de celebrar la misa, seguidos por una multitud de indios mientras se consumaba el santo sacrificio en aquel sencillo templo de la naturaleza, observaban los indios con temor y reverencia las gesticulaciones y palabras del sacerdote, las velas encendidas, el humo del incienso y la devocion de los españoles; coligiendo del todo, que seria aquello una sagrada y misteriosa ceremonia. Cuando se acabó el servicio, el anciano octogenario que le habia contemplado con profunda atencion, se acercó al Almirante, y le dirigió un discurso en el estilo indio.

«Lo que has estado haciendo, le dijo, está bien hecho, porque parece que es tu modo de dar gra-

»cias á Dios. Me han dicho que has venido últimamente á estas tierras con una poderosa fuerza, y que has subyugado muchos países, y extendido el terror por los pueblos; pero no por eso te llenes de vanagloria. Sabe que, segun nuestra creencia, las almas de los hombres tienen dos viajes que hacer despues que se han separado de sus cuerpos. Uno á un lugar triste, sucio y tenebroso, preparado para los que han sido injustos y crueles con sus semejantes; otro á una mansion agradable y deliciosa para los que han promovido la paz sobre la tierra. Por lo tanto, si tu eres mortal, y esperas fenecer, y crees que á cada uno se premiará segun sus obras, no dañes injustamente al hombre, ni hagas mal á los que á tí no te lo han hecho.» Esta alocucion se la explicó al Almirante su intérprete lucayo. Y como fuese Colon varon de sincera piedad y tiernos sentimientos, se conmovió mucho al oír la simple elocuencia de aquel inculto salvaje. Le dijo en contestacion que se regocijaba de oír su doctrina respecto al estado futuro del alma, porque habia supuesto que no existiese tal creencia entre los habitantes de aquellos países. Que su soberano le enviaba entre ellos, para enseñarles la verdadera religion, para protegerlos contra todas las injusticias, y especialmente para subyugar y castigar á sus enemigos y crudos perseguidores los caribes, y que por lo mismo, todos los hombres inocentes y pacíficos le miraban confiados como á un protector y amigo.

Recibió el anciano estas palabras con indecible alegría y no menor admiracion, al saber que el Almirante, á quien tan grande y poderoso consideraba, no era mas que un vasallo. Creció su maravilla cuando le habló el intérprete de las riquezas, esplendor y poder de los monarcas españoles, y de las cosas asombrosas que habia visto en su visita á Europa. Viendo que la multitud le escuchaba con incansable curiosidad, continuó pintando el intérprete los objetos que mas sorpresa le habian causado en el país de los blancos. La magnificencia de las ciudades, la robustez y altura de las torres y templos, las tropas de caballería, los formidables y desmesurados animales de varias especies, los pomposos festines y torneos de la córte, los resplandecientes ejércitos, y sobre todo las corridas de toros. Los indios le escuchaban con mudo entusiasmo, especialmente el anciano. Era curioso y emprendedor por naturaleza, y grande viajero; pues habia visitado en su juventud á Jamaica y Española, y las regiones mas remotas de Cuba. Le sobrecogió al oír tales descripciones un vivo deseo de ver los gloriosos países que representaban; y aunque viejo se ofreció á embarcarse con el Almirante. Su mujer é hijos, empero, le asediaron con tantas súplicas y lamentos, que al fin aunque con dolor suyo, tuvo que desistir de su empresa; preguntando muchas veces si era el cielo el país de que hablaban, pues le parecia imposible que pudiese contener la tierra tantas maravillas.

CAPITULO VI.

COSTEO A LO LARGO DEL SUR DE JAMAICA.

(1494.)

La flota permaneció surta por algun tiempo en aquel rio, al que puso Colon el nombre de la Misa, en memoria de la que con tanta solemnidad se habia celebrado en sus márgenes. Al fin, en 16 de julio se despidió amistosamente del cacique y de su anciano consejero, que vieron con tristeza su partida. Se llevó consigo de aquel lugar un indio jóven, que envió despues á los soberanos españoles. Dejando á la izquierda el grande grupo de islas llamado por él Jardines de la Reina, viró para poder tomar el rumbo de Española, cuando se viese libre de aquellos bancos y cayos. Pero apenas habia salido de las islas, le aco-

metieron violentas rachas de viento acompañadas de lluvia, que combatieron por dos días sus quebrantados buques y débiles tripulaciones. Cerca del cabo de la Cruz una repentina ráfaga de viento sacudió de tal modo que los buques casi les hizo tocar el agua con las antenas. Afortunadamente pudieron recoger vela, echar ancla y correr el temporal. El buque del Almirante salió tan averiado de la navegacion de las islas, que hacia agua por casi todas las junturas, y á pesar de los inauditos esfuerzos de su cansada tripulacion, estaba cada vez en mayor peligro. Al fin consiguieron llegar al cabo de la Cruz, donde anclaron el 18 de julio, y permanecieron tres días, recibiendo de los naturales la misma hospitalidad y auxilios que habian recibido en su anterior visita. Como el viento continuase contrario para volver á Española, salió Colon el 22 de julio para Jamaica, con ánimo de completar la circunnavegacion de aquella isla. Por cerca de un mes continuó en su costa del Sur esforzándose en navegar hacia el Oriente, pero detenido por los mismos vientos variables y lluvias vespertinas que prevalecian en las costas de Cuba. Todas las noches se veia obligado á anclar cerca de tierra, y con frecuencia en el mismo sitio de donde habia salido por la mañana. Los indios no se manifestaban ya hostiles, sino que seguian los buques en sus canoas, trayendo provisiones. Agradaron tanto á Colon el verdor, la frescura y fertilidad de aquella bella isla, que si el estado de sus bajeles y tripulaciones lo hubiera permitido, se habria detenido gustoso para explorar el interior. Hablaba con admiracion de sus variados y excelentes puertos, y en particular de una grande bahia con siete islas y numerosas poblaciones alrededor. Habiendo anclado en ella, le visitó el cacique residente en una vasta ciudad, edificada sobre una de las mas elevadas y feraces eminencias de la isla. Vino seguido de una comitiva numerosa y trajo varios refrescos. Este caudillo manifestó grande curiosidad en sus preguntas respecto á los españoles, sus bajeles y las regiones de donde venian. El Almirante le dió las respuestas acostumbradas, ponderando la fuerza y benignidad de los soberanos españoles. El intérprete lucayo se extendió de nuevo sobre los prodigios que habia visto en España, las proezas de los españoles, los países que habian subyugado, y sobre todo, las escursiones en las islas de los caribes, derrotando sus formidables habitantes y llevándose algunos cautivos. El cacique y su comitiva se quedaron escuchando con atencion profunda aquellas descripciones hasta muy entrada la noche.

A la mañana siguiente se habian ya hecho á la vela los bajeles, cuando vieron salir tres canoas de entre las islas de la bahía. Se aproximaron con mucho órden: una muy grande, bien pintada y entallada venia entre las otras dos que navegaban un poco mas atras, como si la sirvieran y guardaran. En la principal venia sentado el cacique con su familia, compuesta de dos hijas, dos hijos, cinco hermanos y su mujer. Una de las hijas tenia diez y ocho años y era de bello rostro y elegante forma; su hermana parecia algo mas jóven: ambas en cueros, segun la costumbre de aquellas islas, pero de modesto porte. En la proa venia el confalonero ó porta-estandarte del cacique, vestido con una especie de manto formado de plumas, con una corona tambien de plumas en la cabeza, y una banderola blanca en la mano. Dos indios con cascos ó yelmos de pluma, de la misma hechura y color, y con los rostros pintados del mismo modo, venian tocando unos tambores; otros dos con sombreros curiosamente trabajados de plumas verdes, tenian en las manos trompetas de madera negra, muy bien entalladas; y últimamente, venian otros seis con grandes sombreros y plumas blancas que parecian huéspedes del cacique. Esta bizarra escuadra llegó al lado de la capitana europea, adonde entró el cacique con

toda su comitiva. Venía el caudillo de gala. Llevaba en la cabeza una banda de piedras pequeñas de varios colores, pero principalmente verdes, simétricamente arregladas, con otras piedras blancas que llenaban los intervalos, y enlazadas todas en la frente por medio de una joya de oro. También llevaba dos láminas del mismo metal colgadas de las orejas, por medio de sortijas de pedrezuelas verdes. De un collar de

cuentas blancas, preciosas entre los indios, tenía suspendida una grande flor de lis de oro inferior; y un cinturón de varias piedras semejantes á las de la cabeza completaba sus decoraciones régias. Su mujer estaba adornada de un modo semejante, y cubierta además con un pequeño delantal de algodón, y con bandas de lo mismo alrededor de los brazos y piernas. Las hijas no llevaban mas adorno que un cinturón de



Caciques en traje de guerra.

pedras pequeñas de que pendía un dije del tamaño de una hoja de hiedra, compuesto de varias pedrezuelas prendidas sobre algodón.

Al subir el cacique á bordo distribuyó varios regalos entre los oficiales y marineros. El Almirante estaba á la sazón en su camarote rezando sus devociones. Cuando apareció sobre cubierta se apresuró el caudillo á recibirlo con muy animado semblante. «Mi amigo, le dijo, he determinado dejar mi patria y acompañarte. Me han explicado los indios que están contigo el poder irresistible de tus reyes, y las muchas naciones que tú has sometido á su nombre. Quien quiera que rehuse obedecerme ha de sufrir por ello. Tú has destruido las canoas y mansiones de los caribes, dando muerte á sus guerreros y llevándote cautivas á sus mujeres y sus hijos. Todas las islas te temen. Pues ¿quién podrá resistirte ahora que ya sabes los secretos de estas tierras, y la debilidad de

»sus gentes? Antes, pues, que tú me despojes de mis dominios, yo me embarcaré con toda mi familia en tus buques, é iré á rendir homenaje á tu rey y reina, y á contemplar aquel país prodigioso de que tan asombrosa cuenta dan los indios.» Cuando se tradujo este discurso á Colon, y vió la mujer, los hijos é hijas del cacique, y reflexionó sobre los peligros á que su ignorancia y sencillez los expondrían, determinó no arrancarlos de su país nativo. Respondió al cacique que le recibía bajo su protección, como vasallo de su rey, pero teniendo muchas tierras que visitar antes de volver á España, no podía por entonces satisfacer sus deseos. Despidiéronse luego con muchas espresiones de amistad, el cacique, su familia y comitiva se embarcaron de nuevo, aunque de mala gana, en sus canoas, y los buques continuaron su rumbo.

CAPITULO VII.

VIAJE POR LA COSTA DEL SUR DE ESPAÑOLA Y VUELTA A ISABELA.

(1494.)

EL 19 de agosto perdió Colon de vista la extremidad oriental de Jamáica, á la que se llamó cabo Farol, hoy Poin-Morant. Tomando el rumbo de Oriente, vió al otro día la prolongada península de Española, conocida con el nombre de cabo del Tiburon. No sabia aun que pertenecía á la isla de Hayti, hasta que costeando por el lado del Sur, pasó un cacique á bordo el 3 de agosto, le llamó por su título y le dirigió varias palabras en castellano. Su idioma llenó de alegría los buques, y los fatigados marineros oyeron con placer indecible que se hallaban en la costa del Sur de Española. Pero aun le quedaban que pasar muchos días de trabajos. El tiempo estaba tempestuoso, el viento contrario é incierto, y los buques separados.

A últimos de agosto ancló Colon en una pequeña isla, ó mas bien roca, que se levanta solitaria en medio de los mares, enfrente de un extendido promontorio á que llamó cabo de la Beata. La roca expresada tenía desde lejos la apariencia de un buque á la vela, por lo cual le puso el Almirante Alto-Velo. Algunos marineros treparon á la cima de la isla, desde donde se dominaba mucha parte del Océano, para ver si les era dado descubrir los otros buques, pero nada pudieron distinguir. A su vuelta mataron ocho lobos marinos que estaban durmiendo en la arena; también cazaron á palos pichones y otros pájaros, y hasta cogieron algunos con las manos; porque en aquella solitaria isla carecían los animales de la timidez que la hostilidad humana les infunde.

Habiéndose juntado las dos carabelas, continuó por la costa pasando el bello país regado por los brazos del Neiva, desde donde se estiende hasta el interior una fértil llanura, cubierta de poblaciones y sel-



vas. Después de navegar un corto trecho hácia el Oriente, supo el Almirante, por los indios que solían venir á bordo, que varios españoles de la colonia habían penetrado hasta su provincia. De lo que pudieron comunicarle aquellas gentes, infirió que iban las cosas bien en la isla. Animado con la tranquilidad del interior, mandó desembarcar á nueve hombres con orden de atravesar la isla y dar noticia de su llegada á la costa.

Continuando hácia el Oriente, envió á tierra un bote por agua, cerca de una poblacion que se descubria en medio de la llanura. Pero los habitantes salieron con arcos y flechas á combatir, mientras otros se proveían de cuerdas con que atar los prisioneros. Eran estos los naturales de Higüey, provincia oriental de Española. Se consideraban como los mas belicosos de aquellos isleños, habiéndolos acostumbrado á las armas las frecuentes incursiones de los caribes. También se decía que usaban saetas empozoñadas. En el caso de que hablamos, su hostilidad fue solo de apariencia. Cuando desembarcó la tripulacion arrojaron á tierra las armas, facilitaron provisiones y preguntaron por el Almirante, en cuya justicia y magnanimidad parecía que depositaban los indios toda su

confianza. Después de salir de aquel sitio, el tiempo que por tantos días se había manifestado variable y adverso, empezó á presentar aun mas amenazadora apariencia. Un desmesurado pez, tan grande como una ballena mediana, se manifestó un día por cima del agua, con una concha en el cuello como la de una tortuga; con dos grandes aletas en el lomo, y una cola como la de un atún. Al ver aquel monstruo y las indicaciones de las nubes y del cielo, conoció Colon la proximidad de la tormenta, y se apresuró á buscar seguro puerto. Encontró un canal que se abría entre Española y una pequeña isla, llamada por los indios Adamaney, y por el Saona, donde se refugió, anclando cerca de una isleta ó roca en medio del canal. En la noche de su llegada hubo eclipse de luna; y haciendo una observacion encontró que la longitud entre Saona y Cádiz era de cinco horas y veinte y tres minutos. Esto excede en mas de diez y ocho grados la verdadera longitud, error que ocasionaria sin duda la inexactitud de sus tablas.

Ocho días permaneció el Almirante en el canal con su buque, lleno de zozobra por los otros dos bajeles que no pudieron entrar, y se quedaron en la mar expuestos á la violencia de la tormenta. Escaparon, em-